

**Campesinas del pasado y el presente: El papel de las
mujeres en la agricultura de La Matanza de Acentejo.
Un análisis antropológico.**

Alumna: Nazaret Martín Miranda

Tutora: Gloria Esther Cabrera Socorro

Facultad de Ciencias Sociales y de la Comunicación

Grado en Antropología Social y Cultural

Curso académico 2022-2023

Universidad de La Laguna

Agradecimientos

A todas las personas que han colaborado para que este trabajo se hiciera posible.

A todas las mujeres matanceras que desde niñas han trabajado en el campo y que han sido fuente de inspiración para las generaciones futuras, como son Arabia o Amada.

A todas las mujeres que, aunque ya no estén, han dejado una huella imborrable en el campo matancero, como son Cecilia o mi abuela María.

A todas ellas y a todas las personas que siguen manteniendo la agricultura de La Matanza de Acentejo en pie, gracias.

Resumen

La agricultura es y ha sido desde antaño uno de los mayores medios de subsistencia en las Islas Canarias. Es por ello, que en muchas zonas de la isla de Tenerife la agricultura es fundamental para el funcionamiento de la economía. Es el caso del municipio de La Matanza de Acentejo, situado en el norte de Tenerife, donde la actividad agrícola ha sido tradicionalmente, uno de los trabajos más destacados del municipio y del cual numerosas familias subsisten gracias al cultivo de diferentes productos, así como a la viticultura. Sin embargo y a pesar de que numerosas mujeres agricultoras de la zona también dedican gran parte de su tiempo a esta labor, el trabajo que han venido realizando desde el pasado hasta la actualidad, no ha sido valorado de la misma manera que el de los hombres. Es por ello, que en este trabajo que a continuación se expone, trataremos de indagar -a través de la lectura bibliográfica y una serie de entrevistas y conversaciones, así como de un trabajo de campo- el papel que juegan las mujeres en la agricultura de La Matanza de Acentejo, visibilizando la labor que durante décadas han venido realizando las mujeres agricultoras del municipio.

Palabras clave: Medio rural, mujeres campesinas, agricultura, trabajo.

Abstract

Agriculture is and has been since ancient times one of the greatest means of subsistence in the Canary Islands. That is why, in many areas of the island of Tenerife, agriculture is fundamental to the functioning of the economy. This is the case of the municipality of La Matanza de Acentejo, located in the north of Tenerife, where agricultural activity has traditionally been one of the most outstanding works of the municipality and of which many families subsist thanks to the cultivation of different products, as well as to viticulture. However, despite the fact that many women farmers in the area also devote much of their time to this work, the work they have been doing from the past to the present has not been valued in the same way as that of men. That is why, in this work that is presented below, we will try to investigate -through bibliographic reading and a series of interviews and conversations, as well as field work- the role that women play in the agriculture of La Matanza de Acentejo, highlighting the work that women farmers have been doing for decades in the municipality.

Keywords: Rural areas, rural women, agriculture, labour

Índice

Introducción.....	5
1. Justificación	6
2. Antecedentes y estado de la cuestión	8
3. Marco teórico.....	12
3.1 Una aproximación a la Antropología Feminista	12
3.2 Roles de género: Las mujeres en la sociedad y las mujeres en el medio agrícola	15
Objetivos e hipótesis.	18
4. Metodología.....	20
5. Análisis de resultados.....	22
5.1 La Matanza de Acentejo	22
5.2 Silenciadas y aisladas: El pasado de las mujeres campesinas de La Matanza de Acentejo.	24
5.3 Las mujeres como esclavas de la tierra.....	29
5.4 Fortaleza y sacrificio: Las mujeres matanceras del pasado perviven en la memoria del pueblo.	31
5.5 Las mujeres en el campo de la Matanza de Acentejo en la actualidad.	34
5.6 Mujeres visibles: La voz de las mujeres matanceras.....	35
5.7 Motivos por los cuales las mujeres matanceras siguen acudiendo al campo en la actualidad.	36
6. Conclusiones.....	40
7. Bibliografía.....	43
8. ANEXOS.....	45
8.1 Anexo II: Fotografías realizadas durante mis trabajos de campo	45
8.2 Anexo III: Fotografías antiguas de mujeres campesinas matanceras.....	46

Introducción

Cuando hablamos de la agricultura canaria, casi sin ser conscientes la mayoría de las ocasiones se nos viene a la mente una figura masculina trabajando en el campo, la figura del campesino. Casi sin pretenderlo relacionamos la agricultura únicamente con el esfuerzo de un hombre rural que trabaja diariamente para conseguir una buena cosecha con la que alimentar a su familia y de la que comercializar y subsistir. Lo cierto es que lo dicho anteriormente es tan sólo una parte de la realidad, pues, la mujer rural también juega un papel muy importante dentro de la agricultura canaria.

Las mujeres campesinas eran el grupo más representativo de Canarias en la primera mitad del siglo XX, (Reina Jiménez, 2010). No obstante, desde ese momento y hasta la actualidad, han quedado relegadas a un segundo plano no siendo valorado de igual manera que el de los hombres, el trabajo que realizan. Las mujeres campesinas canarias no sólo se encargan de realizar ciertas tareas agrícolas (recogida de uvas, siembra de papas, recogida de papas...), sino que, al mismo tiempo, llevan a cabo las labores del hogar, de cuidar a su prole, y al mismo tiempo de ser una “buena esposa”. En muchas ocasiones, las mujeres se insertan a trabajar en el campo por escasos recursos, por falta de estudios o por casarse con un hombre campesino. Haciendo hincapié en esto último, en este trabajo y tras la realización de una serie de entrevistas a mujeres campesinas de La Matanza de Acentejo, veremos también la manera en la que influye que una mujer canaria se case con un campesino, pues, en la mayoría de las ocasiones, esto supone la obligatoriedad de la mujer a trabajar en el campo con el fin de ayudar a su marido con las labores agrícolas, dejando muchas veces de lado sus gustos personales, trabajos o tiempo de ocio. Además, la mujer no sólo debe ayudar a su marido con la siembra y la recogida de papas, la vendimia de uvas... sino que también debe asegurarse de que, en época de zafra, tanto su marido como el resto de los campesinos que acuden al campo a ayudarlo, estén bien alimentados y atendidos.

Por tanto, en este trabajo que a continuación se expone, observaremos que las mujeres en el medio agrícola y más concretamente en La Matanza de Acentejo, siguen manteniendo el rol de cuidadoras y amas de casa. Además de seguir siendo consideradas el “sexo débil”, dejando los trabajos que requieren menos fuerza física a ellas y el que requiere mayor vigor a los hombres.

1. Justificación

El motivo por el cual surge la idea de realizar este trabajo se debe a mi cercanía personal con la agricultura y con la comarca de Acentejo. Desde mi nacimiento en el municipio de La Matanza de Acentejo, he crecido en una familia de agricultores, los cuales durante años han trabajado en el campo para obtener una buena cosecha con el fin de crear el mejor vino tinto posible y cosechar papas. Desde mi infancia he visto e incluso he participado en las labores agrícolas, aprendiendo las diferentes técnicas y el esfuerzo que supone mantener en buen estado la viña y la tierra, lo cual me ha permitido para este trabajo realizar un diario de campo. No obstante, mi atención siempre ha ido más allá, extrapolando mi inquietud a tratar de entender los orígenes y causas de aquellas cosas que formaban parte de mi vida cotidiana, así como a indagar en el papel que juegan las mujeres en este oficio.

En concordancia con lo anterior, he podido observar que el trato que reciben las mujeres (tanto jóvenes como de avanzada edad) de La Matanza de Acentejo en el campo, así como las tareas que les son asignadas son diferentes a la de los hombres. Este hecho ha suscitado en mí un gran interés desde una temprana edad. He comprobado que, normalmente, son las mujeres las que realizan el trabajo que requiere menor fuerza física (siembra y recogida de papas, vendimia...) puesto que generalmente, los hombres no “permiten” que las mujeres realicen trabajos que requieren mayor fuerza física, como, por ejemplo, cavar con la azada o levantar viña, ya que según he podido observar en mis visitas al campo, los trabajos de menor fuerza física se relacionan con lo femenino y los trabajos de mayor fuerza física con lo masculino. Esto ha generado que, desde el punto de vista de lo social, las mujeres sean percibidas como seres más “débiles” que los hombres y, que, por tanto, realicen (a ojos de la sociedad) el trabajo de “muleta” (Galván Tudela, 1980), es decir, su función está subordinada a facilitar la labor del hombre. No obstante, el papel de las mujeres en el campo no sólo queda reflejado en lo mencionado anteriormente, sino que en determinadas épocas del año como son las de vendimia y recogida de papas u otros cultivos, su trabajo se extiende más allá de lo que exige la mera actividad agrícola, ejerciendo deberes que sustentan el bienestar para realizar dichas actividades; como preparar los desayunos, elaborar las comidas y asegurar la comodidad de los hombres mientras se encuentran trabajando en el campo. Esto desde mi punto de vista, refleja que las mujeres en cualquier sector siguen teniendo el rol de cuidadora, “débil” y “sensible”. Al contrario que los hombres cuyo rol se relaciona más con la fuerza.

Todo lo anterior, lleva a que la figura de la mujer en el campo se encuentre totalmente en un segundo plano, las mujeres en el campo se encuentran silenciadas, la voz predominante es la del agricultor, ellos son los que dirigen a las mujeres, los que se encargan de darles indicaciones para que realicen su trabajo, a pesar de que en muchas ocasiones las mujeres tengan el mismo conocimiento que ellos en lo que a la agricultura se refiere. Las mujeres simplemente obedecen y cuidan del hombre agricultor, que en la mayoría de las ocasiones también es su marido, padre, hijo o comparten cualquier otro vínculo familiar.

Por ello, el motivo de mi elección se debe a que considero de gran importancia intentar visibilizar ese papel que juegan las mujeres en el campo, dándoles voz por medio de entrevistas y conversaciones, con el fin de que se valore el trabajo que las agricultoras realizan, siendo también amas de casa no sólo en sus hogares sino también en el propio campo. Además, creo que es importante estudiar este tema para que el trabajo de las mujeres campesinas sea reconocido como tal y no como una “ayuda” al hombre campesino.

2. Antecedentes y estado de la cuestión

Entre los años 1930 y 1940, surgió la antropología del campesinado, debido al cambio de estudio que se produjo dentro de la disciplina antropológica, pues se pasó de estudiar a pueblos exóticos y distantes geográficamente a estudiar a pueblos exóticos más próximos. Los estudios del campesinado dentro de la antropología han ayudado a redefinir la disciplina en su viaje a estudiar personas en cualquier lugar del planeta. Entre las primeras aportaciones de los estudios antropológicos del campesinado, encontramos a autores como Wolf (1955), Redfield (1960) y Arensberg y Kimball (1988), ya que se centraron en la aproximación a una antropología de la nación-estado desde la mirada local de proximidad cotidiana.

A pesar de que estos autores se centraron en el estudio de los pueblos campesinos, lo cierto es que lo hacen tomando al hombre como el representante de la sociedad, dejando en un segundo plano a las mujeres campesinas. Para Wolf (1992) los campesinos constituyen una clase homogénea cuyas principales características surgen del hecho de vivir en el campo, trabajar la tierra y, finalmente, mantener con lo producido, a una clase de terratenientes. Sin embargo, se hace referencia únicamente al hombre, desde esa perspectiva androcéntrica que muestran numerosos trabajos antropológicos de la época. No obstante, desde la Antropología Feminista sí se han llevado a cabo una serie de investigaciones al respecto.

La Antropología Feminista no fue reconocida hasta 1970 formalmente como una subdisciplina de la antropología. Dicha subdisciplina se ha desarrollado en tres etapas: la antropología de las mujeres, la antropología de género y finalmente la antropología feminista. Algunas de las antropólogas feministas más reconocidas como Margaret Mead y Ruth Benedict han mostrado gran interés en el papel que juega la mujer en los diferentes sectores de la sociedad. Gracias a ello, los estudios feministas han comenzado a expandirse dentro de la antropología, otorgándole mayor voz a las mujeres en las diferentes sociedades y sectores. Siguiendo esta misma línea, y dentro de los estudios de mujeres campesinas podemos destacar a la autora Lourdes Méndez, la cual ha aportado numerosos estudios sobre las mujeres agricultoras en España. De las cuales, podemos destacar una de sus obras más significativas “Cousas de mulleres: Campesinas, poder y vida cotidiana”. En esta obra Méndez (1988) se centra en las consecuencias que supuso la introducción de la mecanización agrícola en el trabajo que realizaban las mujeres campesinas en un municipio de Lugo entre los años 1940 y 1980 y el cambio que esto

generó en la vida cotidiana de dichas mujeres. Además, establece los motivos por los cuales las mujeres se han alejado o han sido alejadas del campo.

Del mismo modo y centrándonos ahora en los estudios sobre mujeres campesinas realizados en Canarias, es necesario destacar a las autoras Rosa María Henríquez y Lourdes Tejera Perera, quienes escribieron “Todo Pueblo Tiene Sus Mujeres”. Este proyecto pretende dar voz y visibilizar el trabajo que realizan las mujeres rurales. Para ello, han realizado una serie de entrevistas a mujeres campesinas de la isla de Gran Canaria, llegando a la conclusión de que las mujeres rurales juegan un papel fundamental en el desarrollo de sus comunidades, aunque han quedado invisibilizadas y su labor no ha sido reconocida en numerosas ocasiones debido a la división genérica del trabajo, por el que se establece que las mujeres son las que se encargan de las labores domésticas, mientras que los hombres del trabajo extradoméstico. No obstante, la división real del trabajo adjudica a los hombres al trabajo extradoméstico y a las mujeres al doméstico y extradoméstico. Esto supone una pluriactividad en el trabajo que desempeñan las mujeres, puesto que no sólo realizan trabajos remunerados, sino que también se encargan del hogar y de la agricultura y ganadería, lo que ha generado problemas tanto físicos como psíquicos en muchas mujeres debido a los impedimentos que han tenido para conciliar todas esas actividades. Además, esta situación es más difícil de afrontar si cabe en aquellas mujeres rurales mayores puesto que son las que han realizado las actividades más tradicionales y en su mayoría han quedado excluidas del ámbito formativo reglado, siendo las que han experimentado mayores carencias del medio rural.

Al mismo tiempo, es necesario destacar otro estudio de gran relevancia en lo que a mujeres rurales canarias se refiere, hago mención aquí al artículo “*Las invisibles mujeres canarias “de la costa”*: *Vendedoras de pescado, mariscadoras, jornaleras, “barqueras” y amas de casa*” escrito por Gloria Esther Cabrera Socorro, donde la autora hace referencia al papel que juegan las mujeres en la actividad pesquera de Canarias, incluyendo aquí no sólo “la pesca” en sí, sino también las embarcaciones, los procesos de abastecimiento, circulación de los productos pesqueros, etc. Además, en este artículo se ve reflejada la manera en la que los roles de género han influido a la hora de asignar a hombres y mujeres las diferentes labores pesqueras. En este aspecto, la autora señala la poca información que existe de las mujeres en los estudios que se han realizado desde la disciplina antropológica sobre comunidades pesqueras, recalcando aquí el androcentrismo que tanto ha caracterizado a las ciencias sociales. Además, hace hincapié

en que los estudios existentes sobre la pesca artesanal son escasos, pues la mayoría tratan más bien de la pesca industrial, centrándose en mayor medida en los cambios tecnológicos y sociales en el “mundo del mar”, dejando de lado los cambios que se producían en la “tierra” pasando por alto, de esta manera, el papel que desarrollaban la mayoría de las mujeres de las comunidades pesqueras. En cuanto a los estudios realizados desde posiciones de la ecología de sistemas o evolutiva o la ecología procesual, se prestaba poca atención a los aspectos reproductivos. No obstante, a partir de los años 80, los estudios desde la economía política influenciados por la crítica feminista comienzan a prestar más atención al análisis de la articulación entre los ámbitos de producción y reproducción social en una concepción más integral de los fenómenos económicos. Con ello, desde la antropología algunos defensores de la estrategia de investigación de la economía política comienzan a publicar aproximaciones teóricas al debate de los géneros con el fin de defender una perspectiva materialista. A partir de aquí se extendió la idea de desarrollar una perspectiva materialista dialéctica en las investigaciones de la disciplina antropológica que le otorgara importancia no sólo a la historia de los hombres sino también a la de las mujeres. Esta idea se extendió a diferentes subcampos de la Antropología, entre ellos a la Antropología de la pesca. Con todo lo anterior, y en definitiva, en este artículo se pretende darle visibilidad a todos los ámbitos de trabajo que forman parte del desarrollo de las pesquerías así como al papel que juegan tanto hombres como mujeres en el mundo pesquero, haciendo mayor hincapié en las mujeres puesto que han sido las que han quedado relegadas a un segundo plano por los autores de la disciplina, a pesar de que no sólo trabajaban en el sector pesquero desarrollando diferentes actividades como vender pescado, la cual era muy importante para la economía de sus comunidades, sino que también se encargaban de las labores del hogar y cuidar a su prole.

De la misma manera, me gustaría destacar la obra *Campesinas: Educación, memoria e identidad de las mujeres rurales en Canarias*, escrito por Teresa González Pérez (2007), donde la autora, a través de entrevistas realizadas a mujeres rurales de Canarias, pretende visibilizar el papel que durante años han realizado las campesinas canarias y lo importante que eran para mantener la economía familiar a flote, pues en ocasiones incluso realizaban triples jornadas laborales las cuales no eran valoradas. Además, a esto se le sumaba las limitaciones que la sociedad patriarcal les imponía a la hora de vestirse, relacionarse con otras personas y, en general, actuar socialmente, pues si se salían de lo correctamente establecido, eran criticadas duramente y eso generaba el castigo por parte de sus

progenitores. En definitiva, la autora a través de historias de mujeres canarias de varias generaciones nos intenta mostrar la desigualdad que vivían con respecto a los varones en aquella época las cuales se vieron sometidas por las propias restricciones que la sociedad, por el hecho de ser mujer, les imponía.

En este sentido y a modo de conclusión, es difícil establecer unos antecedentes y un estado de la cuestión amplios sobre este tema, puesto que como he mencionado con anterioridad, los estudios sobre mujeres campesinas a lo largo de la historia de la antropología en lo que a las Islas Canarias se refiere, han sido escasos, dado el carácter androcéntrico que en numerosas ocasiones ha tenido la disciplina. Este hecho se hace más evidente si nos centramos en los estudios realizados sobre las mujeres rurales de La Matanza de Acentejo, dado que al ser una zona tan específica no se ha llevado a cabo ningún tipo de investigación dentro de la antropología y, por tanto, aún quedan numerosas líneas abiertas en un entorno tan interesante para el estudio de la agricultura.

3. Marco teórico

Con el fin de llevar a cabo un correcto análisis teórico del Trabajo de Fin de Grado presente, es necesario hacer hincapié en la corriente de la Antropología Feminista para contextualizar y comprender antropológicamente las relaciones de género dentro de los diferentes sectores de la sociedad.

A partir de aquí, relacionaremos los estudios que determinadas autoras han realizado sobre el papel que juegan las mujeres en la sociedad, con la manera en la que actúan tradicionalmente las mujeres en el medio agrícola para conocer si se siguen manteniendo los roles de género dentro de los trabajos en el campo.

3.1 Una aproximación a la Antropología Feminista

Como hemos mencionado en apartados anteriores, la Antropología Feminista surgió en un primer momento como una crítica por la escasez de mujeres dentro de la disciplina y, al mismo tiempo, con el fin de acabar con el androcentrismo que existía en los estudios antropológicos de la época, donde la mujer quedaba relegada a un segundo plano. Desde sus inicios, la disciplina antropológica se interesó por el estudio de las sociedades “primitivas”, es decir, por estudiar al “otro”. No obstante, los etnógrafos aquí se centraban en tomar al hombre como representante de la sociedad, centrándose en estudiar a la mujer únicamente en lo que a temas de parentesco se refiere (por ser madres, hijas, hermanas...), pero no por las labores que realizaban dentro de sus sociedades. Por lo tanto, el principal problema no era de orden empírico, sino de representación (Moore, 2009).

“Estructuralmente androcéntricas dichas ciencias, que aspiraban a la objetividad y a formular leyes universales, hicieron derivar de una hipotética naturaleza femenina la posición de inferioridad social, política y económica que, con relación a los hombres, ocupaban las mujeres en la sociedad” (Méndez,L, 2008:13)

Además, en esa época las antropólogas que se conocían eran escasas, pues la mayoría eran esposas de antropólogos, alguna de las cuales facilitaban el trabajo de sus esposos con traducciones o transcripciones, desde el anonimato. Por lo tanto, el mérito de estas investigaciones era únicamente atribuido a los antropólogos. Las antropólogas, por el hecho de ser mujeres, se encontraban invisibilizadas debido a esa visión androcéntrica que tanto caracterizaba a la disciplina en aquella época.

Con todo ello, y como crítica a la escasez de mujeres que se encontraban dentro de la disciplina y la poca visibilización de las mujeres en los estudios etnográficos, surgió en los años 70, la “Antropología de la Mujer”, con el fin de explicar cómo estaban representadas las mujeres dentro de la Antropología. Todo ello se relacionó rápidamente con el androcentrismo y, tal y como hace mención la autora Moore dentro de su obra “*Antropología y Feminismos*”, el androcentrismo se divide en tres tipos de niveles. El primer nivel corresponde a la visión personal del antropólogo, que genera que observe las relaciones de los hombres y mujeres de una determinada sociedad, según sus suposiciones y expectativas. En cuanto al segundo nivel, nos encontramos con el efecto distorsionador e inherente de la sociedad de estudio, es decir, en la mayoría de las sociedades, se considera que las mujeres están subordinadas a los hombres y esa visión puede que se transmita al antropólogo encuestador. Y, por último, el tercer nivel haría referencia al androcentrismo procedente de la sociedad occidental, el cual genera que los antropólogos influenciados por su propia experiencia cultural equiparen las relaciones de hombres y mujeres de otras culturas con la desigualdad que caracteriza a las relaciones de ambos sexos en Occidente (Moore, 2009).

Además, dentro de la “Antropología de la Mujer”, también es necesario mencionar a otras autoras que proporcionaron grandes aportaciones en esta época. Autoras como Michelle Rosaldo y Louise Lamphere (1974) las cuales en su libro “*Woman, Culture, and Society*”, hacen hincapié en la necesidad de estudiar las limitaciones que sufrían las mujeres, centrándose en el entorno en el que se hallaban, es decir, en su estructura. Del mismo modo, también fueron fundamentales autoras como Gayle Rubin (1975) puesto que introdujo el concepto “sistema sexo- género” el cual apareció por primera vez en su artículo “*El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo*” y que define como:

“Un conjunto de acuerdos por el cual la sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana y en las cuales estas necesidades sexuales transformadas, son satisfechas” (Rubin, 1996: 44).

A partir de aquí y con la llegada de la tercera ola desde los años 80 hasta la actualidad, numerosas feministas comienzan a reflexionar sobre la representación de los “otros”, así como sobre la articulación del género con otros elementos que generan desigualdad, entre otras cuestiones. Es aquí cuando la “Antropología de los Géneros” se transformó en “Antropología Feminista”, cuyo objetivo era tratar de reconciliarse con las diferencias

reales entre mujeres en lugar de conformarse con demostrar la variedad de experiencias, relaciones y actividades propia de las mujeres en todo el mundo (Moore, 2009).

“El hecho de «ser/sentirse mujer» probablemente favorece que numerosas antropólogas tengan en cuenta cuestiones vinculadas con la construcción cultural de las relaciones de género en las sociedades que estudian: que utilicen ejemplos en los que las mujeres son protagonistas, que se identifiquen o no con algunos modelos de feminidad, que citen situaciones en que las mujeres participan, que compartan más momentos con ellas, etc.” (Casares, 2008:26)

De esta manera, también podemos destacar a diferentes autoras como Carmen Gregorio Gil (2006), la cual afirma lo siguiente:

“Las contribuciones feministas a los debates epistemológicos de la disciplina antropológica entroncan con el cuestionamiento de la supuesta “objetividad” del conocimiento científico y la “crisis de representación” que ocupan a la Antropología Social desde el periodo denominado postcolonial” (Gregorio Gil, 2006:23).

Desde ese momento, algunas antropólogas como Teresa del Valle o Virginia Maquieira, entre otras, comienzan a introducir en la academia española numerosos debates que se estaban realizando fuera, luchando por el reconocimiento que desde la corriente feminista se había llevado a cabo.

Con todo lo mencionado anteriormente, me gustaría señalar que, hoy en día, no se puede hablar de un solo “feminismo” en singular, sino que dentro de la corriente feminista encontramos gran variedad de tendencias. Dentro de estas tendencias, cabe destacar que este trabajo se centra más bien en la conocida como “feminismo de la igualdad” el cual defiende que tanto hombres como mujeres tienen los mismos derechos y, por tanto, exige una igualdad en derechos legales y oportunidades, desde un punto de vista formal, dado que el sistema despliega ciertos mecanismos que recortan las posibilidades reales de las mujeres para alcanzarlos (León Rodríguez, M, 2008). El feminismo de la igualdad podemos decir que es heredero de la autora Simone de Beauvoir, la cual realizó una crítica a todos aquellos factores que suponían un freno para el progreso tanto intelectual como profesional de las mujeres y cuyo objetivo era la lucha por la independencia y la igualdad de las mujeres en un marco jurídico que considerara a hombres y mujeres como iguales. Además, otros autores defensores de esta tendencia, también se proclamaban contrarios al racismo y a la esclavitud de los negros. De esta manera, autoras como Olimpia de

Gouges o Mary Wollstonecraft, se encargaron de reivindicar la igualdad de negros y blancos, así como de hombres y mujeres en virtud del principio de igualdad natural de todos los hombres. El término “igualdad”, por tanto, no significa “identidad”, sino más bien “equidad” en lo que al reparto de poder y el acceso a los diferentes recursos se refiere (Puleo, A.H, 1995).

Finalmente, y, en definitiva, podemos señalar que gracias a los esfuerzos de las mujeres por abrirse camino en el mundo laboral y, conseguir de esta manera una independencia económica, se ha comenzado a cuestionar el androcentrismo que ha mostrado la disciplina antropológica desde sus inicios. Todo ello, ha permitido que se tengan en cuenta a las mujeres en los trabajos antropológicos y al papel que éstas juegan en las diferentes culturas.

3.2 Roles de género: Las mujeres en la sociedad y las mujeres en el medio agrícola

Cuando hablamos de los roles de género estamos haciendo referencia a aquellos comportamientos que la propia sociedad relaciona como femeninos o masculinos. Aunque en cada sociedad y grupo étnico esta división puede variar, lo cierto es que en la mayoría de las culturas las mujeres por excelencia son las encargadas del cuidado de su prole y del ámbito doméstico, mientras que los hombres se relacionan en mayor medida con el ámbito público y en mantener económicamente a su familia. Esta dicotomía entre lo masculino y lo femenino, al mismo tiempo, establece una serie de estereotipos que indican cómo debe comportarse un individuo según su sexo para ser aceptado por la sociedad. Estos estereotipos no están relacionados con lo biológico, sino que se trata más bien de un hecho social.

“Si el papel de la mujer y del hombre en la sociedad emanara de condicionamientos instintivos, todas las sociedades humanas mostrarían una idéntica división sexual del trabajo. Sin embargo, la antropología nos muestra que, lejos de estar determinada por factores biológicos, la asignación de distintos tipos de tareas a hombres y mujeres está vinculada a las formas de producción y a las normas culturales específicas de distintas sociedades humanas” (Arizpe. L, 1986:59)

En este aspecto, la maternidad juega un papel muy importante en la distribución de tareas, puesto que el origen de la opresión de las mujeres se encuentra en su máxima diferencia biológica: la maternidad (Lamas, 1986). A raíz de ella las mujeres comienzan a adquirir

el papel de “cuidadora” y “amas de casa” lo que hace que socialmente se las excluya aún más del ámbito público. De esta manera y en palabras de Sherry Ortner:

“Según el razonamiento cultural, las madres y sus hijos van unidos. Además, una vez pasada la infancia los niños no tienen fuerza para participar en grandes trabajos; sin embargo, se mueven, son indisciplinados y no comprenden mucho de los peligros; requieren vigilancia y constantes cuidados. Resulta evidente que la madre es la persona que debe ocuparse de estas tareas, como una prolongación de su lazo natural con los niños durante la lactancia, o bien debido a que tienen un nuevo bebé, y, de todos modos, está dedicada a actividades relativas a los niños. De este modo sus propias actividades quedan circunscritas por las limitaciones y los bajos niveles de fuerza y habilidad de sus hijos¹; es confinada al grupo de la familia doméstica; el sitio de la mujer es su casa.”
(Ortner, 1996)

No obstante, de todos es bien sabido que las mujeres no nacen sabiendo coser, cocinar o planchar. No es algo biológico, la sociedad ha sido la que ha creado esos roles, los cuales se han relacionado con lo femenino, llegando incluso en muchas ocasiones a estar mal visto que sea el hombre el que se encargue de esas labores del ámbito doméstico, puesto que no es lo que la sociedad dicta como correcto.

Siguiendo esta misma línea, cabe mencionar a otros autores que también se han encargado de estudiar este tema. En este aspecto, es necesario destacar a Ortner y Whitehead (1981) quienes señalan la importancia del concepto de prestigio para comprender las ideas de género. Según estas autoras, el sistema de género es ante todo un sistema de prestigio, gracias a este sistema se pueden analizar en mayor profundidad conceptos como el honor (la dote, el control de la actividad sexual prematrimonial, la herencia femenina, el precio de la novia, la virginidad...). Además, existe otra tendencia que define a los hombres en términos de estatus: jefe, cazador, guerrero, etc, Mientras que a las mujeres en términos androcéntricos por la relación que establecen con los hombres, es decir, por ser “hijas de”, “hermanas de”, etc. Lo cual refleja desde mi punto de vista, que las mujeres en muchas ocasiones no son reconocidas como seres individuales y con personalidad, sino como seres dependientes cuya existencia se basa más bien en la relación que mantiene con los varones.

¹ Para Ortner esta situación generaba que en muchas ocasiones se comparara el comportamiento de las mujeres, con el comportamiento de los niños.

Con todo lo mencionado anteriormente, podemos deducir que ese prejuicio de relacionar los estereotipos de género con el ámbito biológico se extiende también a otros terrenos más concretos de la sociedad, en este caso, estamos hablando del ámbito agrícola. Las mujeres de las zonas rurales siguen estando relacionadas con el ámbito doméstico, es decir, a pesar de que trabajen en el campo y realicen los trabajos agrícolas, siguen siendo amas de casa y cuidadoras, puesto que siguen cumpliendo con el rol que la sociedad les ha adjudicado.

“En verdad, las mujeres rurales se alzaban en piezas clave para las familias, pero también para el desarrollo de la comunidad en su conjunto. Sin embargo, en ningún caso, este papel fue social o familiarmente reconocido. Su quehacer en el hogar (limpieza, hacer la comida, lavar; elaborar productos artesanales...) se consideraba una “virtud”; el cuidado, la educación y la socialización de los hijos, una “obligación”; la atención al marido y a los mayores de la casa, un “deber”; las tareas relacionadas con el mundo productivo, parte de su responsabilidad.” (González Pérez.T, 2007:21)

Además, el trabajo que realizan en el campo muchas veces no es percibido como un trabajo en sí, sino como una “ayuda familiar”, dado que en muchos casos el trabajo que realizan las mujeres en el campo no está remunerado.

“La mayoría de las tareas de la mujer en la explotación agraria no están orientadas al mercado, por tanto, la aportación de la mujer en la explotación agraria queda infravalorada y subestimada y se caracteriza por ser trabajo discontinuo, irregular, fraccionado.” (Pérez Rubio, J.A. 2017:18)

Cabe destacar también, que las mujeres en el campo generalmente carecen de personalidad propia, es decir, tal y como mencionaba anteriormente, es contemplada como “mujer de”, “la hija de”, pero rara vez es definida como un ser individual. Esto conlleva en mi opinión, que el trabajo de las mujeres rurales sea la sombra del trabajo del hombre, puesto que siempre se establece una dependencia, es decir, las mujeres generalmente no deben por sí mismas decidir qué trabajo desean desempeñar en el campo, antes de realizar cualquier tarea deben consultarle al hombre con el fin de que le indique el trabajo que deben realizar y la manera en la que lo deben hacer. Las mujeres, en definitiva, no suelen decidir por sí mismas en el campo y, por ende, no son percibidas como seres independientes, quedando subordinadas.

Finalmente, es necesario destacar, por tanto, que la dicotomía “femenino/masculino”, “ámbito privado/doméstico” se ve reflejado en la mayoría de las culturas y en los diferentes sectores de la sociedad. Tanto hombres como mujeres han ido adquiriendo e interiorizando los diferentes roles que la sociedad desde antaño les ha adjudicado, percibiéndolos incluso erróneamente como un hecho natural y biológico. Esto ha traído consigo la desigualdad en diferentes terrenos de la sociedad, como es el caso de la agricultura, donde muchas mujeres han quedado subordinadas a los hombres.

Objetivos e hipótesis.

El objetivo principal de este trabajo es tratar de visibilizar y otorgarle valor al trabajo que han realizado y que aún realizan las mujeres rurales del municipio de La Matanza de Acentejo, tratando de entender el motivo por el cual han quedado relegadas a un segundo plano a lo largo de la historia dentro del sector agrícola.

A partir de aquí y con el fin de especificar en mayor medida dicho objetivo, a continuación, expondré otros objetivos secundarios:

- Conocer los motivos por los cuales las mujeres se han introducido en el mundo agrícola, con el fin de saber si ha sido por voluntad propia o por necesidad.
- Conocer si el trato que recibe la mujer en el campo es un trato igualitario o, por el contrario, es un trato diferente al que reciben los hombres en este sector, con el fin de saber si las mujeres en el campo siguen manteniendo ese rol de “cuidadora”, “débil”, etc., que mantiene fuera del ámbito agrícola.
- Conocer si las labores que realizan las mujeres en el campo son las mismas a las que realizan los hombres, o si, por el contrario, los hombres se dedican al trabajo que requiere mayor fuerza física y las mujeres a aquel que no requiere dicha fuerza.
- Conocer si las mujeres que trabajan en el campo realizan otras labores fuera de este sector, con el propósito de saber si realizan pluriactividad o se dedican exclusivamente al trabajo agrícola.

De esta manera, podemos decir que la principal hipótesis de este trabajo y en lo que reflexionaremos a lo largo del mismo es la siguiente: El trabajo que han realizado las mujeres matanceras en el medio agrícola no ha sido valorado de la misma manera que el

trabajo de los hombres campesinos del municipio, lo cual ha generado la falta de visibilización de las mujeres matanceras dentro de este sector.

A partir de aquí y al ser un tema tan amplio, nos surgen otras hipótesis a raíz de la anterior:

- La mayoría de las mujeres se introducen en el medio rural por falta de estudios, o recursos. O incluso, en muchas ocasiones, por el hecho de contraer matrimonio con un hombre campesino, lo cual conlleva en la mayoría de los casos, que las mujeres se vean en la “obligación” de ayudar al hombre en el campo.
- Las mujeres dentro del sector rural siguen manteniendo el rol de “cuidadoras”, pues no sólo realizan las tareas agrícolas, sino que también se centran en cuidar al hombre (con comidas, bebidas...), asegurándose de que se sientan cómodos mientras trabajan.
- Las mujeres emplean mayores horas de trabajo que los hombres para el sostén familiar (trabajo productivo y trabajo doméstico).

4. Metodología

Para elaborar este trabajo de investigación me he basado principalmente en lectura bibliográfica, a su vez me he ayudado de mi propio diario de campo - el cual comencé en el año 2020 y finalicé en el 2022- y, por último, de una serie de entrevistas realizadas a pequeñas propietarias -o con familiares que son propietarios de terrenos- residentes en La Matanza de Acentejo de un determinado rango de edad (entre 23 y 82 años) y de clase social media-baja, de manera presencial y vía telefónica. He elegido ese rango de edad, para comprobar si las mujeres jóvenes siguen acudiendo al campo de la misma manera que las mujeres más mayores, con el fin de establecer una pequeña comparativa. Al mismo tiempo he realizado conversaciones llevadas a cabo de manera improvisada a través de redes sociales durante mi búsqueda de fotografías antiguas de mujeres campesinas matanceras. Estas conversaciones que han ido surgiendo a lo largo de mi trabajo, me han proporcionado gran cantidad de información sobre el pasado de las mujeres matanceras, la cual he plasmado en diferentes apartados.

Reflexionar sobre la información obtenida a partir de mis informantes, así como, sobre la lectura bibliográfica y el análisis del propio diario de campo, han permitido el desarrollo de este trabajo de investigación, cuyo foco principal se centra en visibilizar el trabajo que realizaban y realizan las mujeres de La Matanza de Acentejo en el medio agrícola, conociendo las labores que ejercen en el campo y, al mismo tiempo, reflexionando sobre si el trato que reciben estas mujeres en el campo es igualitario o, por el contrario, se encuentran silenciadas y subordinadas.

Al mismo tiempo, es importante señalar que el Trabajo de Fin de Grado presente, se ha llevado a cabo siguiendo un orden específico. En este aspecto, podemos decir que en una primera fase se ha realizado una *lluvia de ideas*, que ha permitido que el tema de investigación haya ido avanzando. A partir de esta *lluvia de ideas* han surgido los diferentes objetivos y las hipótesis principales de este trabajo, que ya he mencionado anteriormente. Partiendo de esa base y tras la revisión de lectura bibliográfica, he realizado los apartados de “antecedentes y estado de la cuestión”, así como el apartado de “marco teórico”. Además, tras la realización de una serie de entrevistas y conversaciones, he expuesto el análisis de resultados, dentro de los cuales se incluyen diferentes apartados en los que hago mención al papel que jugaban las mujeres campesinas del pasado en La Matanza de Acentejo y trato de compararlo con el papel que juegan las mujeres

campesinas del municipio en la actualidad y los motivos por los cuales algunas mujeres siguen acudiendo a trabajar en los terrenos.

Por último y a modo de finalizar con la metodología de este trabajo, me gustaría hacer hincapié en las limitaciones con las que me encontré a lo largo del mismo. De esta manera puedo añadir que la primera limitación ha sido las escasas investigaciones que existen en Tenerife sobre el papel que juegan las mujeres en el medio agrícola de la isla, lo cual me ha dificultado en cierta medida, la búsqueda de bibliografía sobre este tema. No obstante, me he ayudado de las investigaciones llevadas a cabo en Canarias a nivel general sobre mujeres campesinas. En segundo lugar, destaco el hecho de que, a la hora de realizar las entrevistas, las mujeres campesinas de La Matanza de Acentejo con mayor experiencia y conocimientos sobre los terrenos y que dejaron huella en la memoria del pueblo, en su mayoría, ya habían fallecido. Sin embargo, algunos de los familiares de estas mujeres, se prestaron a conversar conmigo con el fin de rendirles homenaje y de visibilizar el gran trabajo que durante años realizaron. De esta manera, otra de las limitaciones ha sido la escasez de tiempo con la que he contado para realizar una investigación en profundidad sobre el papel que jugaban y que juegan las mujeres campesinas de La Matanza de Acentejo. Por este motivo, he optado por realizar una pequeña investigación de manera más general, adaptando de esta manera el tiempo del que disponía al trabajo. Por último, puedo señalar que otras de las limitaciones con las que me he encontrado ha sido que algunas de las personas que he entrevistado, mostraban en un primer momento una actitud de timidez a la hora de responder a las preguntas, por ello, he optado por realizar conversaciones informales, con el fin de que los informantes se sientan en un ambiente de mayor comodidad y confianza. En definitiva, he adaptado mi trabajo a las diferentes limitaciones con las que me he topado con el fin de conseguir información para desarrollar esta pequeña investigación.

5. Análisis de resultados

5.1 La Matanza de Acentejo

Cuando hablamos de La Matanza de Acentejo como su propio nombre indica, estamos haciendo referencia a uno de los municipios que, forman parte de la Comarca de Acentejo. Este municipio ocupa 14,11 km² en el nordeste de Tenerife y su nombre surge de la batalla que tuvo lugar en esta zona durante la conquista, en la que las tropas indígenas del Mencey Bencomo de Taoro derrotaron al ejército castellano comandado por Alonso Fernández Lugo.

La Matanza limita con La Victoria de Acentejo, Candelaria y El Sauzal, y su punto de mayor altitud se sitúa a 1589 metros sobre el nivel del mar en Lomo del Jugo. Destaca su vegetación en los acantilados de la costa, donde pueden encontrarse matorrales de tomillo marino (*Frankenia ericifolia*), lechuga de mar (*Astydamia latifolia*), leña negra (*Rhamnus crenulata*) y granadillos (*Hypericum canariense*) así como tabaibal-cardonal. En la cumbre destaca el fayal-brezal y los pinares de *Pinus canariensis* y *Pinus radiata*.

Por otro lado, y en lo que al número de habitantes se refiere según datos proporcionados por el INE a fecha 1 de enero de 2021, observamos que La Matanza de Acentejo cuenta con 9114 habitantes de los que 4577 son hombres y 4537 son mujeres.

En cuanto al sector que aquí estamos analizando, la agricultura, podemos decir que no se encuentra dentro de los sectores con mayor número de trabajadores, según datos proporcionados por el ISTAC en el año 2022, a pesar del vínculo tradicional del municipio con este oficio, ocupando solamente el 3% de la población activa femenina.

En primer lugar, destacamos que el sector agrícola en el municipio está basado en la producción de dos cultivos principales: papa y viña. Aunque también cabe destacar el cultivo de las hortalizas, castaños y otros árboles frutales. A pesar de que la agricultura no constituye el oficio principal de muchos matanceros, sí que tiene gran peso en el municipio gracias también en parte a la presencia del Mercadillo del Agricultor, donde los fines de semana muchos matanceros venden sus productos agrarios locales (papas, verduras, frutas...)

Asimismo, es interesante destacar el aumento de la superficie cultivada desde el año 1999 (187 hectáreas según el ISTAC) hasta el año 2009, entre cultivos leñosos y herbáceos. Dentro de esas superficies la mayoría se corresponde con la uva, con un total de 176

hectáreas. La gran mayoría de estas viñas se encuentran en buen estado de cuidado y forman parte de la marca de éxito local comarca Tacoronte-Acentejo, mientras que otras pertenecen a particulares que venden su vino en el mercadillo o en las distintas bodegas.

Por otro lado, destacan la presencia de numerosas plantaciones de papas, que en lo que respecta a extensión se encuentran por encima de otros cultivos de regadío como los frutales, el maíz, o los tomates, siendo estas plantaciones de carácter doméstico y de autoconsumo. Las papas son el cultivo herbáceo más extendido, con 54 hectáreas en total, mientras que el resto de las hortalizas son prácticamente inexistentes, más allá de las pequeñas fincas de particulares. Finalmente, es preciso indicar que, dentro de los frutales, abundan los pintorescos, robustos y apreciados castaños.

En segundo lugar, y en lo que al sector ganadero se refiere, no parece tener el mismo éxito ni los mismos rendimientos que proporciona la agricultura, pero ello no quiere decir que no goce de un buen estado de salud. En el censo de 1999 (Fuente: ISTAC) se indicaba la presencia de 15.611 cabezas de ganado, entre las cuales se encontraban colmenas y granjas de ovejas, cabras, aves, conejos y cerdos. De todas ellas, la que contaba y aún cuenta con una mayor existencia son las aves, con prácticamente el 90% del total, mientras que el ganado caprino y cunicular le van a la zaga. Por último, según datos de la Consejería de Agricultura, Pesca y Alimentación para el año 2009, La Matanza cuenta con 600 individuos de ganado caprino, mientras que las explotaciones de ganado ovino, porcino y bovino son prácticamente inexistentes.

Por otro lado, en lo que a la actividad pesquera se refiere, podemos señalar que no constituye una práctica muy productiva dentro del municipio, debido en buena medida a las pocas dimensiones de playa que tiene la costa y la escasa presencia de grupos o cofradías de pescadores. Es por ello por lo que el único núcleo verdadero en donde se desempeña la pesca, sobre todo con caña, aunque también de bajura, es en el caserío de El Caletón donde el número de capturas es bastante reducido ya que son pocas las personas que se dedican a llevarla a cabo. Los ingresos que proporciona la misma son reducidos dentro del total municipal ya que las capturas suelen ser para el consumo.

Con todo lo anterior, es necesario destacar otras actividades pertenecientes al sector servicios que también son de gran relevancia en el municipio según los datos proporcionados por el ISTAC en el año 2022, los cuales se reflejan en la siguiente tabla:

Sectores	Mujeres	Hombres	Total
Hostelería	160	181	341
Actividades sanitarias y servicios sociales	235	81	316
Comercio al por mayor y al por menor, reparación de vehículos de motor y motocicletas	104	169	273
Construcción	22	226	248
Administración pública y defensa: seguridad social obligatoria	96	111	207
Agricultura, ganadería y viticultura	20	27	47

Fuente: ISTAC, La Matanza de Acentejo 2022

A modo de conclusión de este apartado y con lo mencionado anteriormente, cabe destacar que la Comarca de Acentejo es una zona destacada del norte de Tenerife debido a sus paisajes agrícolas, a la calidad de sus viñedos y a la dedicación que muestran los agricultores de la zona en cuidar sus cosechas, lo cual hace que a pesar de que esta zona no sea destacada por la afluencia de turismo, sea visitada por personas de otras zonas de la isla las cuales acuden a sus famosos guachinches con el fin de probar los vinos tintos de la zona.

5.2 Silenciadas y aisladas: El pasado de las mujeres campesinas de La Matanza de Acentejo.

Las mujeres matanceras del pasado, mayormente se dedicaban al trabajo agrícola. En la mayoría de los casos se veían “obligadas” a dedicarse a esta labor, puesto que sus padres o maridos poseían pequeñas y medianas propiedades.

Además, por el hecho de ser mujer, ya desde bien temprano las familias menos pudientes las sacaban del colegio con el fin de que se dedicaran única y exclusivamente a las labores del hogar, a cuidar de sus hermanos menores y al trabajo agrícola.

“En la sociedad rural canaria, las mujeres prácticamente desde el nacimiento y con apenas fuerza para sostenerse sobre sus propios pies, se convertían en piezas clave para sus familias. Sin previa elección y sin contar con la edad suficiente para asumir las responsabilidades “propias de una mujer”, debían hacerse cargo de múltiples quehaceres dentro y fuera del hogar, motivo por el que la mayoría se vio obligada a renunciar a la infancia” (González Pérez. T, 2007:80)

Esto a su vez, ocasionaba que las mujeres vivieran ancladas a este mundo, puesto que no las dejaban salir más allá de pueblos cercanos donde acudían caminando y cargadas con productos (papas, pinocha, uvas...) para vender durante todo el día (llevaban el almuerzo para comer por el camino). Esto generaba que no tuvieran apenas tiempo para realizar actividades que no estuvieran relacionadas con el trabajo agrícola o con las labores del hogar. Las mujeres, por tanto, se encontraban ancladas al hogar y al campo, para ellas no existía otra vida fuera de ese ámbito. Muchas de ellas con el fin de distraerse, aprendieron a coser, no obstante, esta actividad también las recluía en sus hogares. Sin embargo, era de las pocas actividades de ocio aceptada socialmente para ellas.

“Y por la noche iba, les hacía la ropa a los muchachos, de dos pantalones les hacía uno con las partes de atrás, las de adelante estaban rotas. Yo se las “empalillaba”², les metía la máquina a cachos y les hacía unos pantalones. Braguetas las llegué a intentar y las saqué, las braguetas esas con botones. Y a mi padre le hacía yo los calzoncillos y las camisillas con sacos de azúcar. Los sacos de azúcar (...) ¡Mira, mira! ¿tú te crees que era poco? (risas)” (Amada, 88 años)

Además, las mujeres no tenían la opción de negarse a realizar estos trabajos o de querer otro estilo de vida, ya que eran criticadas duramente por la sociedad. Su única opción era cumplir con lo que estaba destinado para ellas.

“Menos mal que ya no dejan que critiquen a las mujeres como antes las criticaban. Hasta si se ponían una manga corta ya eran criticadas” (María Lucía Pérez Gutiérrez.)³

² Colocar una tela encima de la otra

³ Vídeo “La Victoria con historia de mujer” 2021

No obstante, también es necesario resaltar que otra de las actividades que desarrollaban en alguna ocasión era acudir a misa, visitar a alguna vecina y festejar alguna boda o celebración. Estas actividades sí les permitían salir de sus hogares y del campo, tomando tiempo para el ocio.

“La vida mía era esa, ni fiestas, ni... alguna misa, que iba a misa de 6 los domingos a las 6 de la mañana con María. Con María iba y le tocaba, Candelaria la hermana de Maximiliano y Natividad y yo. Me recuerdo que cuando se casó María, tuvo que haber sido un sábado porque el domingo a las 6 de la mañana, lloviendo que estaba que eso no se me olvida, iba Natividad, Candelaria y yo. Pero María no iba a misa ese día, fue Candelaria a rabiar. Entra por ahí pa’ dentro y dice Natividad ¿pa’ dónde vas, demonio? y dice “que se levante y nos haga el café” (refiriéndose a María). Digo Jesús, ahora la mujer recién casada se va a levantar yo que no, ella que sí y va y le hace levantar y nos bebimos el café. ¡Jesús, no se me puede olvidar!” (María de los Ángeles González Reyes, conocido como “Amada” 88 años)

Siguiendo esta misma línea, cabe destacar que gracias al trabajo agrícola y a la venta de productos, estas mujeres podían subsistir económicamente, pues al carecer de estudios académicos, dado que la mayoría eran sacadas de la escuela a temprana edad, como se ha dicho una de las salidas económicas que les quedaba era la de trabajar día tras día en todo lo relacionado con la agricultura, mayoritariamente en la huerta, donde sembraran alimentos los cuales vendían posteriormente en municipios cercanos como Puerto de la Cruz, La Orotava... Es necesario destacar también que eran ellas las encargadas de elaborar grandes cantidades de comidas para servir a los hombres que trabajaban en las huertas de sus padres o maridos, por lo tanto, la carga de trabajo era doble.

“Las mujeres llevábamos la comida a la huerta. De mayor yo preparaba la comida a los hombres que estaban en la huerta. Las llevábamos en una cesta en la cabeza la comida al campo. Si no las hacíamos en el campo.” (Arabia González Martín, 81 años)

Este hecho también se puede ver reflejado en el testimonio de Amada, otra de las informantes de 82 años, la cual ante la pregunta “¿usted hacía la comida para toda la gente del campo?”, respondió:

“Claro, ¿quién iba a hacer la comida? Yo cuando estaban lejos, no guisaba las papas aquí, llevaba el caldero. El día antes guisaba el pescado o me levantaba temprano y lo guisaba porque siempre estaba salado. Había un tiempo que se hacía conejo, si había

conejo se arreglaban carne conejo. Pero la mayoría era pescado salado, gofio amasado, pan y papas arrugadas. Eso era pa' casi todos los campos, cuando se cogían papas, cuando se sembraran, cuando eran los tiempos de la siega. También, cuando se levantaban las viñas, cuando se les llevaban los bocadillos, después el almuerzo. Después ya, aunque no terminaran, cuando se acababa el día venían a comer a casa a cenar, era merienda-cena, venían pa' arriba. Entonces sí se hacía un rancho, se arreglaban judías, garbanzas... Eso me acuerdo yo, ¡Ay, mi madre esos calderos que se arreglaban! Me acuerdo que tu tía Concha me echó muchas manos también (dirigiéndose hacia su hija).” (María de los Ángeles González Reyes, conocido como “Amada” 88 años)

No obstante, ellas tenían interiorizado el rol de ama de casa, por tanto, se preocupaban por el bienestar de los hombres de la familia, acatando las órdenes que éstos dictaban sobre ellas (primero de sus padres y cuando se casaban de sus maridos). Cabe destacar aquí también, que en esta época los trabajos que requerían fuerza física también en ocasiones eran realizados por mujeres, como puede ser cargar cestas en la cabeza o en las manos con gran cantidad de uvas, pinocha, hierba, etc., que trasladaban de un lugar a otro diariamente. Además, la mayoría de las mujeres de la época acudían en busca de agua de los canales más cercanos con el fin de lavar la ropa y bañarse, cargando de esta manera grandes cantidades de agua sobre sus cabezas.

“Yo sembraba papas, apañaba las papas, de todo. Iba a buscar agua al canal, en la cabeza...” (Arabia González Martín, 81 años)

“Ya en los años 50 y algo, 54- 55, ya había baño. Se compró un baño grande, se ponía en el centro. Una piedra por un lado y otra por otra, mi madre me ponía, ella lavaba por un lado y yo por otro. A veces, porque a veces me la pegaba yo sola pa' lavar, allí por donde está Lola. Y después, había una piedra pa' lavar, una tanquilla que le decían arriba que la hizo mi padre, pero después mi padre la escondió. Había que cargar el agua, ¿tú sabes lo que son 9 personas⁴ pa' lavarle? Y ya hoy la ropa está limpia, pero en esa época era a la semana. Hoy nos cambiamos todos los días y veces dos veces, pero en esa época, del año 57 al 60, que yo me casé en el 62, era 8 días la ropa. Una ropa a la semana.” (María de los Ángeles González Reyes, conocido como “Amada” 88 años)

⁴ En la casa de Amada convivían 9 personas, contando a sus hermanos y a sus padres. Ella, por ser la más mayor, y su madre eran las encargadas de lavarle la ropa a todos los miembros de la familia.

Además, un aspecto que llama especialmente la atención de aquella época es que muchas mujeres seguían cargando grandes cantidades de hierba, agua u otros productos aun estando a punto de dar a luz.

“Date cuenta de que, cuando mi madre me tuvo a mí, cuando se puso de parto ella venía de la tajea con dos cubos de agua. Eso siempre me lo ha dicho. Y llegó al patio de la casa y se puso agua en una palangana pa’ lavarse los pies, porque se sintió dolores de parto y sólo le dio tiempo de lavarse un pie y ya se puso de parto y no le dio tiempo a más.”
(Fátima Alonso, 54 años)

“Mi suegra siempre me decía que cuando se puso de parto de mi marido, ella estaba cogiendo agua del chorro. Venía cargada desde arriba con el agua en la cabeza, cuando le empezaron los dolores de parto. Llegó a la casa y se descargó, puso el agua en una piedra y no le dio tiempo de más nada. Empezó a chillar llamando a la vecina, pero cuando la vecina vino ya había parido ella sola en el cuarto y mi marido salió morado, casi se muere.” (Nieves Miranda Pérez, 56 años.)

A modo de conclusión de este apartado, comprobamos que, antiguamente nacer mujer en La Matanza de Acentejo significaba tener un futuro ya escrito. Un futuro donde el ocio y la diversión quedaban relegados a un segundo plano, donde lo importante era trabajar tanto dentro del hogar como en el campo, sembrando alimentos para luego venderlos “puerta por puerta” en los municipios cercanos y de esta manera, poder subsistir y mantener a la familia. Además, estas mujeres tenían una triple carga, pues no sólo tenían que realizar largas jornadas laborales diariamente, sino que también se veían en la obligación de mostrar un comportamiento “ideal”, es decir, tenían que cumplir con el rol de lo que se entendía como una “buena mujer” en aquella época careciendo de cualquier tipo de libertad. Debido a ello, hablamos de mujeres carentes de estudios académicos, las cuales únicamente se centraban en sus hogares y sus trabajos, siendo desconocedoras del resto de mundo que les rodeaba y cuyo trabajo no era valorado de la misma manera que el de los hombres. En definitiva, podemos decir que las mujeres campesinas de La Matanza de Acentejo en aquella época eran mujeres aisladas del mundo, encerradas en sus rutinas laborales y en mantener el bienestar de sus familias. Eran, por tanto, mujeres que habían asumido el papel de “sumisas” por miedo a ser duramente criticadas por la sociedad.

“Están condenadas a dar en todo momento la apariencia de un fundamento natural a la disminuida identidad que les ha sido socialmente atribuida; a ellas les corresponde la tarea prolongada, ingrata y minuciosa de recoger, incluso del suelo, las aceitunas o las ramitas de madera que los hombres, armados con la vara o con el hacha, han hecho caer...” (Bourdieu, 1998:45,46)

Estas palabras de Pierre Bourdieu se ven reflejadas en mi opinión en los trabajos agrícolas de La Matanza de Acentejo, en este entorno, las mujeres son las que se encargan de recoger todo aquello que el hombre deja caer o deja al descubierto en la huerta. Con ello me refiero, por ejemplo, a la recogida de papas, los hombres son los que se encargan de cavar con la azada, realizando de esta manera el trabajo de fuerza, mientras que las mujeres son las que se encargan en este ámbito, de recoger las papas que se encuentran en la tierra. Al mismo tiempo, podemos decir que lo mismo ocurre con la siembra de papas, puesto que vuelve a ser el hombre el que se encarga del trabajo de realizar los surcos con la azada y la mujer la que se detiene a colocar una a una las papas en el surco correspondiente. Además, las mujeres también son las encargadas de recoger todos aquellos objetos que, de forma accidental o consciente, el hombre deja caer a la tierra, como latas de refrescos, restos de plásticos, etc. Asegurándose de esta manera que la tierra quede libre de basura. Con esto comprobamos que las mujeres, en definitiva, son las que se encuentran en continuo contacto con el suelo de la tierra, y la que se preocupa generalmente por mantener el entorno limpio, ejerciendo con esto último el rol de ama de casa. Mientras que el hombre por lo general es el que realiza el trabajo que requiere mayor fuerza física, es decir, el más “peligroso y espectacular” (Bourdieu, 1998).

Finalmente, es necesario destacar, por tanto, que la dicotomía “femenino/masculino”, “ámbito privado/doméstico” se ve reflejado en la mayoría de las culturas y en los diferentes sectores de la sociedad. Tanto hombres como mujeres han ido adquiriendo e interiorizando los diferentes roles que la sociedad desde antaño les ha adjudicado, percibiéndolos incluso erróneamente como un hecho natural y biológico.

5.3 Las mujeres como esclavas de la tierra

Como hemos visto en el apartado anterior, las mujeres matanceras estaban destinadas a trabajar en la tierra, es decir, en los terrenos de sus padres y posteriormente en los de sus maridos. En este sentido, se puede considerar que las mujeres en esa época eran esclavas de la tierra, pues ya desde pequeñas se veían obligadas por parte de sus familiares

(generalmente por su padre) a trabajar en el campo. De este modo cuando eran adultas, debido en gran parte a la falta de estudios la gran mayoría seguían dedicándose al campo. Aunque, es cierto que otras optaban por trabajar en empresas tomateras, vender productos como la leche o trabajar como sirvientas en las ciudades.

Siguiendo esta misma línea, cabe destacar también que las mujeres, como ya he mencionado anteriormente, apenas tenían tiempo para el ocio, desde que comenzaba el día bien entrada la mañana hasta que oscurecía, debían permanecer en la huerta, realizando las diferentes labores que el padre, marido o jefe del terreno les encomendaba (ej: coger hierba para los animales, quitar hojas de la viña, entre otros). Además, generalmente a las mujeres les adjudicaban el trabajo más “sucio”, es decir, aquel que requería mayor contacto con la tierra (sembrar papas, coger papas, etc). En este aspecto, también hay que destacar que aquellas mujeres que trabajaban de manera remunerada en aquella época cobraban menos que los hombres, aun así, al no tener otra escapatoria para subsistir económicamente y mantener a su familia, se seguían dedicando a ello.

“Las mujeres a las que les pagaban por trabajar en la huerta, les pagaban menos que a los hombres. Las mujeres solían cobrar 45 y los hombres 50, más o menos. Todavía pasa.” (Juan Pedro Martín, 60 años.)

En el caso de las mujeres que no recibían ningún tipo de remuneración por trabajar en el campo, dado que se percibía como una “ayuda” hacia sus padres o maridos, la situación era un tanto diferente, puesto que no sólo debían de trabajar en el campo, sino que también tenían la obligación de ir al monte a coger hierba para los animales que ellas mismas alimentaban y mantenían, debían servir a los hombres que acudían al terreno y también tenían la obligación de ir a vender la cosecha que habían recogido a otros municipios para subsistir.

“De pequeña iba a coger papas y sembrarlas, repartía el vino a los hombres y tenía que ir a ayudar a mi madre para servirle la comida a los hombres. Iba porque mis padres tenían una huerta, iba obligada. Cuando me ponía una falda mi padre me decía ¿Dónde vas?, yo le decía que, a salir, a pasear y mi padre me decía que me cambiara de ropa que tenía que ir a coger hierba al monte para los animales. Los hombres siempre te dicen quita pa´ allí, no te dejan hacer las cosas que ellos creen que son de hombres. Me decían que era una machona porque cogía la azada porque siempre la cogían los hombres. Se

creen saber más que una. Desde que me casé no he ido más a la huerta''. (Fátima Alonso, 52 años)

Finalmente, y con todo lo anterior, llama la atención la relación de “mujer-naturaleza” tal y como explica la autora Sherry Ortner, en Occidente “*las mujeres han sido identificadas o simbólicamente asociadas con la naturaleza, en oposición a los hombres, que se identifican con la cultura.*” (Ortner, 1972). Esta relación de “mujer-naturaleza”, se debe en parte al cuerpo de las mujeres, pues, las mujeres son las que crean vida. En este sentido los hombres se relacionan en mayor medida con la cultura. Esto desde mi punto de vista, se ve reflejado en las labores que realizan las mujeres en el campo, pues como he mencionado anteriormente son las que están en mayor contacto con la tierra y se encargan de cuidarla mediante la siembra, el mantenimiento de la cosecha y la recogida de esta.

5.4 Fortaleza y sacrificio: Las mujeres matanceras del pasado perviven en la memoria del pueblo.

A pesar de que la mayoría de las mujeres que jugaron un papel relevante en la agricultura matancera han fallecido, lo cierto es que sus esfuerzos aún son recordados por el pueblo. Tal y como se ve reflejado en los testimonios que diversos informantes me han proporcionado, eran muchas las mujeres que realizaban pluriactividad, es decir, que contaban con más de un trabajo, con el fin de mantener el sustento económico de sus familias. La mayoría de estas mujeres, no sólo se dedicaban a trabajar en el campo, haciendo múltiples labores como levantar viña,⁵ coger papas, coger hierba, etc., sino que también algunas se trasladaban al sur de la isla para trabajar en las empresas tomateras, otras eran lecheras y repartían la leche puerta por puerta.

“Mi madre murió el año pasado, el 3 de abril. Ella trabajaba en el sur en unas casas, en los tomates y también era lechera. En los tomates trabajaba mi madre, unas amigas y una tía de mi madre, que vivía aquí en la Cruz del Camino, más arriba de Julio ‘El Pienso’’, se llamaba Doña Flora, tía de una lechera.” (José Manuel El Cabrero)

⁵ Actividad que realizan los agricultores y agriculturas con el fin de levantar la viña del suelo. Consiste en sostener la viña con una horqueta y sujetarla con hilos con el fin de que alcance mayor altura para que la uva no toque el suelo y se pudra.

Mientras que otras, se desplazaban en guagua a ciudades como San Cristóbal de La Laguna o Santa Cruz, para trabajar en las casas de “los señoritos”⁶, como sirvientas, donde realizaban labores como planchar, lavar o cocinar. Con el fin de obtener un dinero extra para alimentar a sus hijos.

“Mis recuerdos a una matancera bisabuela de mis hijos por parte paterna, Virginia Ramos de Vera. Aquí mi homenaje a esta señora trabajadora cien por cien. Una cocinera de alta categoría. Tuvo tres hijos varones: Vicente, Paco y Juan. Vicente era mi suegro y Virginia iba a casas de los señoritos, que la llamaban para hacerles su comida, por lo buena cocinera que era. Mi esposo y todos sus hermanos la nombraban mucho por buena persona y buen corazón. Raíces de La Matanza de Acentejo” (Genoveva Febles Morales)

Este también era el caso, por ejemplo, de mi abuela María, la cual madrugaba para ir en guagua hasta La Laguna donde trabajaba para una familia de clase alta, a la que se dirigía con el trato de “señorito” y “señorita”, como muestra de respeto. Antes de acudir al trabajo, como la mayoría de las mujeres, dejaba la comida preparada para sus hijos. Sin embargo, su jornada laboral no terminaba al llegar a su casa, puesto que luego tenía que trabajar en el campo, ir a buscar hierba para los animales o realizar las labores del hogar. En definitiva, generalmente, las mujeres matanceras de antaño apenas tenían lugar para el ocio, la mayor parte de su tiempo era dedicado exclusivamente al trabajo tanto fuera como dentro de sus hogares y al cuidado de su familia.

Del mismo modo, cabe destacar que usualmente las mujeres matanceras tenían que “sacrificarse” por sus hijos, es decir, se veían en la obligación de dejar a sus hijos pequeños solos en las casas para poder ir a trabajar, puesto que la mayoría no tenía quien los cuidara. En este caso, si tenían una hija, ésta era la encargada de realizar las labores del hogar hasta que su madre llegara y de quedarse al cuidado de sus hermanos.

“Yo empecé a cuidar niños, a mis hermanos que eran pequeñitos y los cuidaba, les daba de comer. Pues mi madre iba a trabajar al campo, a coger hierba, a sembrar papas pa’ los animales, pa’ las vacas, que teníamos vacas y yo cuidaba a los niños, a mis hermanos que eran pequeñitos. También le ayudaba a mi madre a fregar, a buscar el agua que teníamos que ir a buscarla lejos, a una galería.” (María de los Ángeles González Reyes, conocido como “Amada” 88 años)

⁶Los “señoritos” era el trato que utilizaban tanto las mujeres como los hombres campesinos de La Matanza de Acentejo, para referirse a hombres adinerados de ciudad.

No obstante, otras mujeres optaban por enviar a su hija con otra familia para que trabajara en esa casa y a cambio obtener diversos tipos de bienes como ropa, comida y alojamiento, de esta manera las mujeres con pocos recursos tenían otra boca menos que alimentar. Todo sacrificio era bueno si éste garantizaba que sus hijos no pasaran hambruna.

Además, con todo lo anterior, es necesario no pasar por alto que, a diferencia de la actualidad, las matanceras de antaño, en lo que al campo se refiere, realizaban todo tipo de tareas, incluidas las que hoy son consideradas “tareas de hombre”, como, por ejemplo, trabajar con la azada o levantar la viña. Estas mujeres se caracterizaban por poseer gran fuerza física, pues estaban acostumbradas a cargar sobre sus cabezas grandes cantidades de peso: trasladaban hierba que iban a buscar al monte, agua para llevar a sus casas, leche para venderlas en diferentes zonas (en el caso de las mujeres lecheras). En esos años, por tanto, era totalmente común en el pueblo matancero ver a mujeres caminando varios kilómetros con grandes cantidades de peso en sus cabezas. Hoy en día, muchas personas perciben esta antigua práctica como un abuso hacia las mujeres, ya que “cargaban como burras”, no obstante, en ese entonces estaba totalmente normalizado.

“Lo que cargó mi madre en un año no hay una mujer de las de ahora que cargue, porque en estos tiempos está todo en el Centro Comercial. Las mujeres de antes hacían todos los trabajos hasta el de los hombres. Cogían papas, levantaban viña y más cosas. Hoy en día no porque lo tenemos casi todo”. (José Manuel El Cabrero)

Finalmente, y a modo de conclusión de este apartado, me gustaría destacar que las campesinas matanceras del pasado son aún recordadas hoy en día por ser mujeres humildes y trabajadoras, las cuales luchaban día a día por el bienestar de sus maridos e hijos, por mantener económicamente a su familia y evitar de esta manera que faltara el alimento en la mesa. Mujeres que, a pesar de carecer de estudios académicos, eran fuente de sabiduría, pues poseían múltiples conocimientos del campo y los animales, así como de saberes culinarios que llevaban a cabo trabajando como sirvientas de “señoritos”. No obstante, desde el punto de vista de la gente adinerada de ciudad, las campesinas matanceras eran tachadas en la mayoría de los casos de “ignorantes” al igual, en este caso, que los campesinos, los cuales eran señalados como “magos”.

“Mucha gente de Santa Cruz venían a beber vino y a comer al pueblo los fines de semana y nos llamaban magos. Se reían de nosotros.” (Juan Pedro Martín, 60 años)

Sin embargo, las mujeres eran las que finalmente sufrían mayores discriminaciones, pues no sólo habían nacido mujer, sino que además eran campesinas, trabajo que, desde el punto de vista de la gente adinerada, no estaba bien visto. A pesar de ello, lo que no cabe duda es que las campesinas de La Matanza de Acentejo del pasado dejaron huella en la sociedad matancera, perviviendo aún mediante historias y recuerdos en la memoria del pueblo.

5.5 Las mujeres en el campo de la Matanza de Acentejo en la actualidad.

Actualmente podemos señalar que, el papel que jugaban las mujeres matanceras en el campo es diferente al que juegan en la actualidad. Un ejemplo de ello lo vemos en la situación de las jóvenes del municipio, las cuales y al contrario que sus ancestras, no están obligadas en su mayoría a acudir al campo y por gustos propios deciden no trabajar en él. Es el caso de Marta y Sara, dos de mis informantes de 26 y 23 años de edad:

“Mi familia se dedica a la agricultura, mis abuelos. De pequeña iba a la huerta a veces con mis abuelos para que me cuidaran. Ahora no voy a la huerta porque no me gusta, prefiero hacer cosas que me gusten” (Marta Hernández, 26 años)

“De pequeña iba con mis abuelos y mi madre a la huerta. Me gustaba ir a coger flores. Ya no voy porque no me gusta la huerta” (Sara Hernández, 23 años)

Este cambio se debe en gran medida a la inserción de las mujeres en la educación, lo cual ha permitido que consigan otros tipos de trabajos y no se vean obligadas a trabajar en el campo como sus antepasadas. Gracias al avance de las mujeres en la sociedad, muchas mujeres matanceras ya no se encuentran ancladas al campo, esto genera poco a poco que las tradiciones de antaño de las mujeres matanceras se vayan perdiendo, pues en su mayoría las mujeres que aún se dedican a trabajar en el campo, son mujeres de avanzada edad o mujeres con otros trabajos que ocasionalmente acuden a la huerta. En definitiva, actualmente, las mujeres de La Matanza de Acentejo ya no se encuentran en la misma situación del pasado, puesto que, gracias al avance de la sociedad, se han convertido en mujeres más autónomas, las cuales pueden decidir sobre su propio destino sin vivir tan ancladas a la tierra como en el pasado.

5.6 Mujeres visibles: La voz de las mujeres matanceras.

Las mujeres campesinas de La Matanza de Acentejo en la actualidad tienen mucho que contar. Tal y como se ve reflejado en este trabajo, han sido numerosas las mujeres que me han permitido conversar con ellas, aportándome información sobre sus vidas en el campo y las funciones que desempeñan en el mismo, y, al mismo tiempo, también otras personas se han prestado a compartir conmigo la vida de sus madres, suegras, etc., ya fallecidas, las cuales se dedicaban a la agricultura en el municipio de La Matanza de Acentejo. Cabe destacar que la historia de cada una de ellas es diferente a pesar de que comparten alguna similitud, puesto que no todas han tenido la misma igualdad de oportunidades.

“En mi juventud tenía que ir a la huerta, sobre todo cuando estaba estudiando en el EGB e instituto. Después cuando empecé a trabajar iba menos pero sí que iba a la huerta. Si había que sembrar papas, si había que vendimiar (...) Todavía sigo yendo a la huerta cuando hay que vendimiar, a quitar hierba, a quitar hilos⁷, a deshojar viña (...)” (Lidia, de la Rosa, 54 años)

“Empecé a trabajar en el campo con 5 años con un cesto (...) Empecé por necesidad” (Arabia González Martín, 81 años)

Por un lado, podemos comprobar que los factores de clase y situación socioeconómica influyen mucho a la hora de analizar las diferentes oportunidades que han tenido las mujeres matanceras, pues, en el caso de las más veteranas, acudían al campo en su juventud por obligación o necesidad, es decir, porque sus padres las sacaban del colegio a temprana edad para que trabajaran en el campo y en el cuidado de los animales, o, porque provenían de familias con escasez de recursos y se veían en la necesidad de trabajar en el campo con el fin de vender los productos que recogían de la tierra para mantener económicamente a su familia. Además, las oportunidades que tenían respecto a los hombres eran diferentes, dado que tenían doble carga de trabajo

“Llegas a la casa de trabajar y tienes que hacer de todo y el hombre llega y se aplasta⁸.” (Arabia González Martín, 81 años)

⁷ Quitar los hilos que anteriormente se han usado para levantar la viña. Esta acción se realiza después de las vendimias con el propósito de poder podar.

⁸ Es decir, que no se despega del sofá.

Las mujeres no sólo estaban obligadas a realizar las labores del campo, sino que al llegar a sus casas después de una larga jornada de trabajo, también estaban obligadas a realizar las labores del hogar, a diferencia del hombre que, tras llegar del campo, descansaba. Lo cierto es, que, aunque en el pasado la mayoría de las mujeres percibían esta desigualdad como un acto “normal” o “natural”, actualmente este pensamiento ha cambiado y las mujeres matanceras en su mayoría, han percibido estos hechos como una “injusticia”, a pesar de que en numerosos casos aún se siguen repitiendo.

“En época de vendimia me levanto temprano, voy a buscar el pan para preparar los bocadillos para todos los que están vendimiando. Después, voy yo a vendimiar y vengo una hora antes, una hora y media antes para poner las papas al fuego y la carne para cuando ellos terminen de vendimiar para que vengan a comer y servirles y cuando ya ellos terminan de comer, recojo, recojo todo y ya después como yo. Me gustaría que a las mujeres se nos tratara igual que a los hombres” (María Nieves Miranda, 56 años)

Finalmente, comprobamos que los roles de género, a pesar del avance de la sociedad y de que se encuentran en continuo cambio, en parte (y sobre en la gente mayor del municipio) se han seguido manteniendo aunque las mujeres ya no están del todo de acuerdo con el hecho de que se las trate de manera inferior a los hombres, quizás esta contradicción se deba a la costumbre, dado que desde antaño son las mujeres las que se han encargado de ese tipo de labores y desde mi punto de vista, en algunas ocasiones un hecho que ha pervivido en el tiempo, es difícil de cambiar, sobre todo en zonas rurales, donde las tradiciones y costumbres suelen estar más arraigadas que en las grandes ciudades.

5.7 Motivos por los cuales las mujeres matanceras siguen acudiendo al campo en la actualidad.

A pesar de que, en la actualidad, tal y como he mencionado en apartados anteriores, las mujeres jóvenes en su mayoría ya no están dispuestas a acudir al campo, lo cierto es, que aún son numerosas las mujeres que siguen trabajando como agricultoras, sobre todo las mujeres de mayor edad. Las causas por las cuales siguen manteniendo esta labor son diversas y las expongo a continuación basándome en las entrevistas informales realizadas.

En primer lugar, podemos decir que las mujeres de avanzada edad que desde niñas han trabajado en el campo, se encuentran muy ancladas a él puesto que no conocen otras labores, y a pesar de que, por edad, ya no pueden trabajar tanto como antes, aún acuden.

Además, generalmente, esta labor se las han enseñado a sus hijas, las cuales, a pesar de contar con estudios y trabajos propios, acuden al campo de manera ocasional (sobre todo en época de vendimia, recogida de papas...) con el fin de ayudar a sus padres.

“Trabajo como auxiliar de enfermería, pero aún acudo al campo cuando hay que vendimiar, quitar hojas (...) De pequeña iba más, ahora voy para ayudar a mis padres mayores cuando están más apurados” (Lidia de la Rosa, 54 años)

Del mismo modo, podemos decir que otro de los motivos principales por los cuales algunas mujeres de La Matanza siguen acudiendo al campo es por el hecho de haberse casado con un hombre matancero con terrenos, puesto que se ven en la “obligación” de trabajar en el campo con la finalidad de ayudar a sus maridos, compaginando en su mayoría el trabajo del campo con sus propias jornadas laborales.

“Empecé a trabajar en el campo porque me casé con un agricultor, en el año 1994. Yo era de La Laguna y después me casé y vine para La Matanza de Acentejo (...) Aparte de ir al campo también trabajo en un restaurante italiano y en las labores de mi casa” (María Nieves Miranda, 56 años)

Siguiendo en esta misma línea, también he comprobado mediante la realización de entrevistas abiertas, que otra de las causas que aún vinculan a las mujeres matanceras al campo, es el hecho de ayudar a algún familiar, generalmente a otra mujer.

“Nací en San Cristóbal La Laguna, pero en el año 2002 me vine a vivir a La Matanza a casa de mi hermana y mi cuñado. No suelo ir a la huerta, pero cuando los hombres vienen a ayudar a mi cuñado en la huerta, yo les preparo la comida. Por ejemplo, un día de vendimia o recogida de papas, me levanto temprano para preparar los bocadillos y que mi hermana los lleve a la huerta para servirselos a los hombres. Luego, empiezo a preparar la comida para el almuerzo, casi siempre carne conejo y papas arrugadas y otras veces pescado salado. Antes de que los hombres lleguen, preparo la mesa y cuando llegan les sirvo la comida. Cuando terminan de comer, les sirvo el café. Cuando se van, recojo todo y friego para luego comer yo. Los hombres no suelen ayudar en las cosas de la cocina, llegan y se sientan. Lo hago para echarle una mano a mi hermana”. (Juana Miranda, 64 años)

En este caso, observamos que algunas mujeres se encuentran vinculadas al campo a pesar de que no suelen acudir a él, puesto que son las encargadas de elaborar las comidas para

repartirla entre los hombres que trabajan en los terrenos, es decir, realizan la labor de cocineras durante época de zafras con el fin proporcionar el mayor bienestar a las personas que acuden a trabajar al campo. Esta labor generalmente no es remunerada puesto que es considerada como una ayuda a algún familiar, en este caso a otra mujer. De esta manera, las mujeres que acuden al campo no se tienen que preocupar en preparar la comida, puesto que otra mujer realiza esta labor.

Por otro lado, cabe señalar que otro los de los motivos por lo que algunas mujeres siguen acudiendo a la huerta en el municipio, es porque carecen de trabajo y en época de vendimias o recogida de papas acuden a las casas de pequeños propietarios agricultores con el fin de pedirles trabajo en sus terrenos, por tanto, el trabajo que estas mujeres realizan cuando acuden al campo, es remunerado. En este caso, a pesar de que no tuve la posibilidad de hablar con alguna de estas mujeres sí que pude corroborar esta información por medio de otros informantes.

“A mi casa han venido mujeres en época de vendimia, a pedirme trabajo en la huerta porque esas mujeres sólo se dedican a trabajar en el campo y en las casas. Yo a esas mujeres solía pagarles 40 euros y a los hombres 50 más o menos, porque los hombres también cargaban las uvas” (Juan Pedro Martín, 60 años)

En concordancia con lo anterior y a modo de conclusión de este apartado, me gustaría mencionar que, a día de hoy, a pesar de que algunas mujeres que trabajan en el campo lo hacen por carecer de otro tipo de conocimientos y, por lo tanto, no se dedican a otras labores, lo cierto es que en su mayoría, las matanceras que acuden al campo, lo hacen con el fin de proporcionar ayuda a algún familiar, generalmente padre, hermano o marido, y no por el hecho de que éste sea su trabajo principal, puesto que la mayoría trabajan en otros sectores. Por tanto, el trabajo agrícola lo realizan en épocas de mayor necesidad de mano de obra como puede ser las vendimias, la siembra y recogida de papas. Muchas de estas mujeres que se encuentran casadas con un agricultor, cuando están de vacaciones, aprovechan para acudir al campo para ayudar a sus maridos.

“Cuando en el restaurante me dan vacaciones, suelo ir a la huerta con mi marido para ayudarlo. A veces no tiene quien lo ayude y me pide a mí que vaya” (María Nieves Miranda, 56 años)

Por tanto, comprobamos que las razones por las cuales las mujeres en la actualidad asisten al campo son diversas y se deben a diferentes factores. No obstante, es interesante

observar que estas razones son totalmente diferentes a las razones por las cuales las mujeres matanceras de antaño iban a trabajar en el medio agrícola, pues la necesidad que existía en el pasado y los pocos recursos del que disponían estas mujeres para subsistir y alimentar a sus familiares hoy en día ha cambiado.

6. Conclusiones

Tanto el trabajo que han venido realizando las mujeres de La Matanza de Acentejo en el campo como el que realizan en la actualidad han sido de gran relevancia. Desde antaño, las mujeres matanceras han jugado un papel fundamental en la economía del municipio, pues, eran las encargadas de vender los productos que recolectaban en los terrenos, distribuyéndolos por los pueblos y ciudades más cercanas. Este también era el caso de las lecheras, las cuales, iban “puerta por puerta” cargando en sus cabezas lecheros con grandes cantidades de leche, con el fin de venderla y mantener económicamente a sus familias. Del mismo modo, otras mujeres veían la oportunidad de trabajo en casas de “señoritos” -normalmente en ciudades como San Cristóbal de La Laguna y Santa Cruz de Tenerife- donde trabajaban desde primera hora de la mañana, regresando a sus casas a última hora de la tarde. Este trabajo consistía en planchar, fregar, cocinar, limpiar, cuidar de los niños de la casa, etc. Es decir, eran las encargadas de realizar las labores del hogar de la casa en la que trabajaban, actuando de esta manera como “sirvientas” de personas adineradas.

Por otro lado, es importante señalar que, si comparamos la situación que vivieron las mujeres matanceras del pasado, con la situación que viven las mujeres del municipio en la actualidad, observamos que ha cambiado de manera evidente. En el pasado, las mujeres del municipio desde su nacimiento ya tenían su destino escrito, puesto que no tenían otro que no fuera el de trabajar en el campo, realizar las labores del hogar y cuidar de sus hijos y maridos, recalcando de esta manera el rol de cuidadora y ama de casa que desde antaño se ha asociado al sexo femenino. Esto ocasionaba que las mujeres desde niñas acudieran al campo de manera obligada, ya que sus padres las sacaban del colegio desde bien pequeñas para que comenzaran con las labores del campo y el hogar, por tanto, carecían de otros conocimientos que no fueran el de campesina y ama de casa. Esto evidentemente les cerraba muchas puertas laborales, puesto que se encontraban ancladas al campo. No obstante, a diferencia de esos años, hoy en día la situación de las mujeres matanceras ha cambiado y gracias al avance de la sociedad y a la introducción de las mujeres al medio laboral, las mujeres del municipio, generalmente, ya no se ven en la obligación de vivir ancladas al medio agrícola y, las que aún siguen acudiendo son en su mayoría, por voluntad propia, dado que suelen tener otros conocimientos que les ha permitido conseguir trabajos fuera del campo. No obstante, y desde mi punto de vista, este aspecto a pesar de que favorece la situación de las mujeres, ya que tienen libertad de decisión, por

otro lado, en lo que a la cultura se refiere, este abandono del sector agrícola por parte de las jóvenes supone que con el paso del tiempo se pierdan los saberes locales que las mujeres matanceras de antaño poseían del campo

Con todo lo anterior y de manera más específica, me gustaría señalar que, gracias a la realización de esta pequeña investigación, he podido conocer en profundidad el gran esfuerzo que desde el pasado han venido realizando las mujeres matanceras en el medio agrícola, el cual no ha estado valorado de la misma manera que el de los hombres. Todo ello me ha permitido comprobar tanto los objetivos como las hipótesis de este trabajo. En primer lugar, uno de los aspectos a destacar es que el objetivo principal que consistía en tratar visibilizar el trabajo que realizaban las mujeres campesinas de La Matanza de Acentejo, lo he resuelto por medio de las fotografías que se encuentran en los anexos, donde se aprecian a las mujeres de antaño en diferentes situaciones: trabajando en el campo, trabajando como lecheras o en sus hogares con sus familiares. Siguiendo esta misma línea, puedo añadir que el resto de los objetivos secundarios de este trabajo los he resuelto por medio de las entrevistas y conversaciones informales: conocer los motivos por los cuales las mujeres se han introducido en el mundo agrícola, conocer si el trato que reciben las mujeres en el campo es igualitario al trato que reciben los hombres, conocer si las labores que realizan las mujeres en el campo son las mismas que realizan los hombres, conocer si las mujeres campesinas realizan otras labores fuera de este sector o si, por el contrario se dedican únicamente a la agricultura. Por último y en cuanto a la hipótesis general de este trabajo “El trabajo que han realizado las mujeres matanceras en el medio agrícola, no ha sido valorado de la misma manera que el trabajo de los hombres campesinos del municipio, lo cual ha generado la falta de visibilización de las mujeres matanceras dentro de este sector”, lo he corroborado por medio de mi trabajo de campo, donde he comprobado que el trato que reciben las mujeres en el campo, no es el mismo al que reciben los hombres, puesto que como he mencionado en apartados anteriores, el trabajo de las mujeres se percibe como una simple “ayuda” a los hombres en el campo. Además, esta hipótesis también la he podido comprobar por medio de las entrevistas informales realizadas a mujeres matanceras, las cuales han percibido que el trato que reciben en el campo es poco valorado por los hombres.

Por último y para finalizar con este trabajo, cabe destacar que a pesar de la poca visibilidad que se les otorgaba a los trabajos de estas mujeres, lo cierto es que actualmente el pueblo matancero mantiene en su recuerdo una buena imagen de las mujeres

campesinas de antaño, siendo recordadas como mujeres humildes, trabajadoras y valientes, las cuales luchaban diariamente para llevar el alimento a la mesa de sus familias. Mujeres que a pesar de la escasez de oportunidades con las que vivían, poseían grandes conocimientos del terreno, los animales y los cuidados. Mujeres que, en definitiva, dejaron y aún siguen dejando una huella imborrable en la memoria de La Matanza de Acentejo y su gente.

7. Bibliografía

Ayuntamiento de La Victoria de Acentejo. (2021, 8 marzo). La Victoria con historia de mujer[Vídeo].Facebook.

https://www.facebook.com/AytoLaVictoria/videos/1164274317421796/?extid=WA-UNK-UNK-UNK-AN_GK0T-GK1C&ref=sharing

Beauviour, S. d. (1949). *El Segundo Sexo*. Madrid: Cátedra

Cabrera Socorro, G. E. (1998). Las invisibles mujeres canarias «de la costa»: Vendedoras de pescado, mariscadoras, jornaleras, «barqueras» y amas de casa. *XIII Coloquio de Historia-Canario-Americana; VIII Congreso Internacional de Historia Americana*. <http://coloquioscanariasamerica.casadecolon.com/index.php/CHCA/article/view/8234/7295>

Casares, A. M. (2008). *Antropología del género. Culturas, mitos y estereotipos sexuales*. Madrid: Cátedra.

Del Valle, T., Apaolaza, J. M., Arbe, F., Cucó, J., Díez, C., Esteban, M. L., Etxebarria, F., & Maquieira, V. (2002). *Modelos emergentes en los sistemas y las relaciones de género*. NARCEA,S.A. DE EDICIONES

Galván Tudela, J. A. (1980). *Taganana. Un estudio antropológico social*. Santa Cruz de Tenerife: Cabildo Insular.

González Pérez, T. (2007). *Campesinas. Educación, memoria e identidad de las mujeres rurales en Canarias*. Anroart Ediciones.

Henríquez Rodríguez, R. M., & Tejera Perera, L. (2007). *Todo pueblo tiene sus mujeres*. Asociación Insular de Desarrollo Rural de Gran Canaria.

Isla de Tenerife Vívela (2011) La Matanza de Acentejo:

<https://www.isladetenerifevivela.com/2011/04/la-matanza-de-acentejo.html>

Instituto Canario de Estadística (2022): La Matanza de Acentejo

Instituto Nacional de Estadística (2021). *Definición: Nomenclátor: Población del Patrón Continuo por Unidad de Población a 1 de enero. La Matanza de Acentejo*. https://ine.es/nomen2/index.do?accion=busquedaAvanzada&entidad_amb=no&codProv=38&codMuni=25&codEC=0&codES=0&codNUC=0&denominacion_op=like&denominacion_txt=&L=0

Lamas, M. (1986). "La antropología feminista y la categoría de "género"". *Nueva Antropología*, pp. 173-198.

León Rodríguez, M. E. (2008). Ética feminista y feminismo de la igualdad. *Revista Espiga*, Vol,8 (Nº16). <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5648618>

Méndez, L. (2008). *Antropología feminista*. Editorial Síntesis.

Méndez, L. (1988). *Cousas de mulleres. Campesinas, poder y vida cotidiana* (1.a ed.). Editorial Anthropos.

Moore, H.L.(2009). *Antropología y feminismo*. Madrid: Ediciones Cátedra

Municipio de La Matanza. (2010). GEVIC, Natura y Cultura. http://gevic.org/info/contenidos/mostrar_contenidos.php?idcat=69&idcap=259&idcon=1826

Ortner, S. B. (1996). Entonces, ¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura? *AIBR: Revista de Antropología Iberoamericana*, Vol.1. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=1704200>

Pérez Rubio, J.A. (2018). La explicación del rol de la mujer en las comunidades rurales. *Revista Extremeña de Ciencias Sociales «ALMENARA»*, 10.

Parkin, R., & Stone, L. (2007). *Antropología del parentesco y de la familia*. Editorial universitaria Ramón Areces.

Puleo, A. H. (1995). Igualdad y androcentrismo. *Tabanque: revista pedagógica*. <https://redined.educacion.gob.es/xmlui/handle/11162/184818>

Reina Jiménez, M. C. (2010). *Mujer y cultura en Canarias*. Colectivo de Mujeres Canarias. https://www3.gobiernodecanarias.org/medusa/campus/doc/htmls/zona_igualdad/Banco_de_recursos/Documentacion/doc12.pdf

Roseman, S. R., Pereiro Pérez, X., & Prado Conde, S. (2013). Antropología y Nuevas Ruralidades. *Gazeta de Antropología*. <http://www.gazeta-antropologia.es/?p=4290>

Suárez, G. Á. (2009). El sistema sexo/género y la etnicidad: sexualidades digitales y analógicas. *Scielo* https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-25032009000400003

Wolf, E. R. (1992). *Los campesinos*. Edit. Labor Sa.

8. ANEXOS

8.1 Anexo II: Fotografías realizadas durante mis trabajos de campo



Junto a mis padres quitando hojas a la viña el 5 de agosto de 2020. Autor: Imagen propia



Mi padre y yo cogiendo papas el 13 de febrero de 2021. Autor: Imágenes propias

8.2 Anexo III: Fotografías antiguas de mujeres campesinas matanceras



Arabia en su jardín. Autor desconocido. Cedida por: Marta Hernández de la Rosa (nieta)



Arabia junto a su marido Lito. Autor desconocido. Cedida por: Marta Hernández de la Rosa (nieta)



Arabia junto a sus hermanas. Autor desconocido. Cedida por: Marta Hernández de la Rosa (nieta)



Arabia junto a sus familiares y amigos. Autor desconocido. Cedida por: Marta Hernández de la Rosa (nieta)



Cecilia Reyes Hernández (campesina y lechera matancera) junto a sus amistades. Autor desconocido. Cedida por: José Manuel "El Cabrero" (hijo)



Cecilia Reyes Hernández (campesina y lechera matancera) junto a su abuela y amistades. Autor desconocido. Cedida por: José Manuel "El Cabrero" (hijo)



Cecilia Reyes Hernández (campesina y lechera matancera) junto con su amiga Lourdes en una jornada laboral. Autor desconocido. Cedida por: José Manuel "El Cabrero" (hijo)



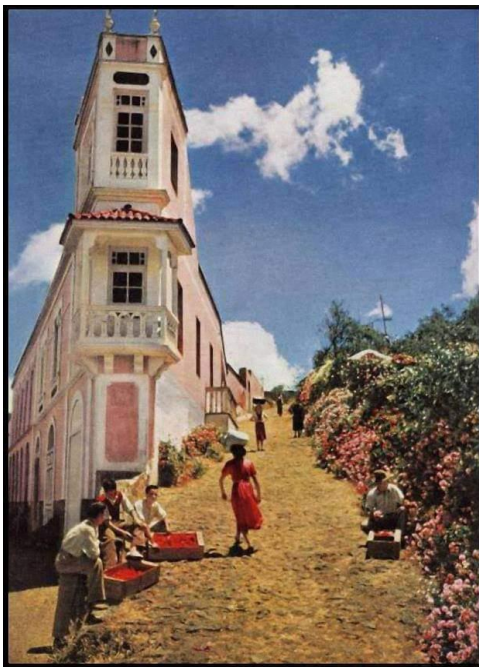
Cecilia Reyes Hernández (campesina y lechera matancera) junto a sus compañeras de trabajo en una jornada laboral.



Cecilia Reyes Hernández (campesina y lechera matancera) junto a sus hijos (imagen de la izquierda) y en una de sus jornadas laborales (imagen de la derecha) Autor desconocido. Cedida por: José Manuel "El Cabrero" (hijo)



Mi abuela Laudelina conocida como "María" (campesina matancera) junto a su marido Maximiliano y sus hijos Conchi y Juanito (mi padre) en las fiestas de San Antonio Abad, La Matanza de Acentejo. Autor desconocido. Imagen propia.



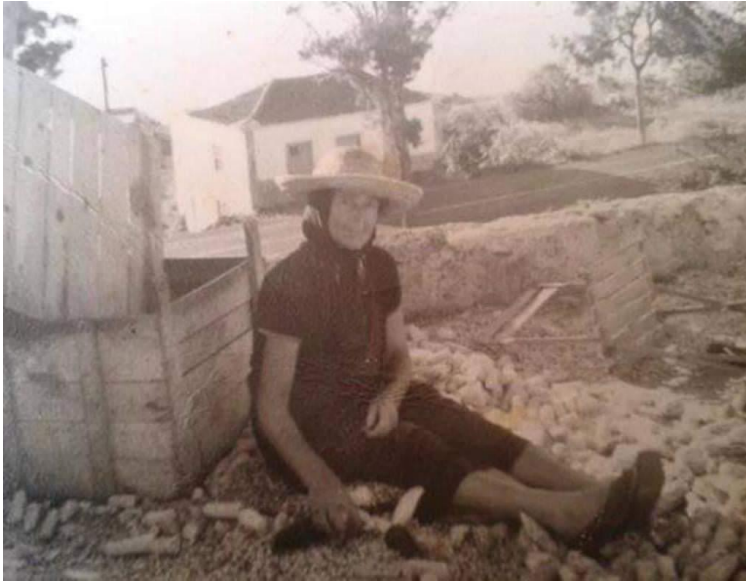
Mujeres campesinas cargando sacos en la cabeza junto a niños y hombres recolectores (posibles sirvientes de la casa que aparece, en la cual vivían personas adineradas) Año 1945. Autor desconocido. Fuente: Grupo de Facebook "Fotos antiguas de Tenerife"



Mujer campesina matancera cargando hierba para los animales junto a un grupo de hombres en San Antonio, La Matanza de Acentejo. Años 80. Autor desconocido. Fuente: Grupo de Facebook "Fotos antiguas de Tenerife")



Mujeres campesinas matanceras cargando agua para casa. Autor: Ernesto Fernando Baena Jover. Fuente: Grupo de Facebook "Fotos antiguas de Tenerife")



Mujer campesina desfajinando el millo en La Matanza de Acentejo. Autor: D. José García. Fuente: Grupo de Facebook "Somos Matanceros"



Mujeres matanceras en la puerta de una casa junto a niños. Año 1965. Autor desconocido. Fuente: Grupo de Facebook "Fotos antiguas de Tenerife"

